

AFREADA
Africa's Literary Magazine

afribuku.com



**En esos días
y otras historias**

“Eso es lo divertido de escribir ficción: empiezas desde un punto dado y, después, sales volando”.

- Irene Sabatini.



En octubre de 2016, la revista literaria AFREADA lanzaba su primer concurso fotográfico. Una fotografía llamativa de una chica, del fotógrafo nigeriano UA, era la invitación para que cualquiera que quisiese la tomase como inspiración para redactar un microrrelato de 500 palabras.

Como resultado de aquello, AFREADA recibió un buen puñado de historias impactantes, que demostraban el poder sin límites que pueden tener los relatos. Tras anunciar a la ganadora, Umar Turaki, AFREADA publicó una cuidada selección en la que se tomaba en cuenta la calidad narrativa, pero también la originalidad y creatividad de los autores, el más joven de ellos con tan solo 14 años. Hoy, aribuku ha querido ofrecer a sus lectores la oportunidad de disfrutar estas historias en castellano.

EN ESOS DÍAS

Umar Turaki

Se desnuda en un baile elegante, girando y haciendo piruetas, mudando la piel en un bucle amarillo interminable, hasta llegar ser una perfecta bola de blancura.

Esa es la sensación que tiene Ronke cuando su madre pela una naranja. Lo ha hecho más veces de las que Ronke puede contar, mostrando lo fácil y poco esforzado que debería ser. Pero, cuando Ronke coge una naranja fresca, la mano empieza a temblarle mientras la corta y lo único que hace su madre es despotricar por cómo agarra el cuchillo y por lo pequeñas que son sus manos para conseguir hacer algo bien. Cuando Ronke la mira, le pregunta por qué está sonriendo. Le dice a Ronke que no sonría tanto.

Ronke prefiere los días en los que su madre tiene que irse de casa al amanecer para hacer el turno de mañana, antes de que la matrona llegue y empiece a protestar por las manchas abominables que las pacientes dejan en las sábanas. En esos días, Ronke puede librarse de tener que pelar las naranjas antes de ir a la escuela, porque sabe que llegará a casa con tiempo para coger su bandeja y salir antes de que su madre vuelva, a media tarde. En esos días, no gana mucho dinero porque tiene que pelar las naranjas en el puesto y, a pesar de su luminosa sonrisa, los clientes a veces se impacientan y se van. En esos días, se sienta en la playa bajo una palmera solitaria y pela como ella sabe pelar, lentamente, con golpes amables y cortos, los trozos de piel de naranja cayendo en la arena como si fuera pelo esquilado. A veces se come una naranja o dos.

El último de esos días, vende naranjas a un joven simpático que le compra una botella fría de Mirinda y, cuando él se va, se queda sentada durante mucho tiempo y se acaba durmiendo en la arena. Se despierta al atardecer y el mundo le parece desequilibrado por un brevísimo instante. Sus naranjas están intactas; el dinero está ahí en el bolsillo de su falda. Lo único que le falta, se da cuenta, es su ropa interior, rosa con pequeños conejitos mordisqueando esa especie de flores que nunca ha visto con sus propios ojos. Va a casa y su madre está allí, con las manos oliendo a Izal¹, los ojos llenos de preguntas que Ronke consigue evitar entregando las ganancias del día, junto con las naranjas que no se han vendido. Nada parece estar fuera de lugar.

Aunque su madre sale al amanecer para trabajar al día siguiente, Ronke se despierta y pela las naranjas antes de la escuela. Las pela todas. Después de la escuela, coge la bandeja y se dirige a la calle, donde bosteza sin sentarse, donde vende las naranjas sin sonreír.

¹ Marca de desinfectante.

LIGERA COMO LA PLUMA

Pamela Naaki Tetteh

Esta es la verdad sobre Nneka: En realidad, su nombre no es Nneka. Ella no lo sabe. Ni siquiera su abuelo, el hombre de la radio a la mano, que la crió, conoce su nombre. La única persona que lo sabe es una mujer a la que Nneka encuentra en una fotografía, una tarde, cuando tiene quince años y toda la curiosidad del mundo. La foto está escondida entre dos enciclopedias de la estantería de su abuelo. En su mano, la foto es ligera como una pluma y está descolorida, desteñida por el tiempo. Es la fotografía de una mujer que tiene la misma cara que Nneka, con trenzas que caen suavemente por sus hombros. Nneka mira la foto y siente: los bordes imprecisos de su memoria tomando forma, enfocándose. Sabe quién es la persona de la fotografía, y está sorprendida por no haber pensado nunca en preguntar acerca de ella, durante todos estos años.

Va a ver a su abuelo y él le cuenta la historia de un bebé, abandonado en el umbral de su puerta por una hija que no había visto desde hacía años. Encuentra una carta, recibida meses después del abandono. La letra en sí misma no tiene importancia para Nneka; lo que le atrae es la dirección de una casa en Accra, Ghana. La mañana siguiente, el abuelo encuentra abierta su caja fuerte y un buen puñado de nairas desaparecidos, junto con Nneka.

En Ghana, una puede aprender mucho simplemente por el hecho de ser, confundándose con el paisaje de fondo, sin más complicaciones. Nadie hace mucho caso de una chica delgada que va vendiendo naranjas en una bandeja. A nadie le importa que pase por la misma calle cada día, haciendo preguntas sobre la gran casa con los muros azul celeste. Nadie hace preguntas sobre ella, aparte de “¿cuánto cuesta?”. Vive en una chabola con otras dos chicas que conoció en la estación de autobuses el día en que llegó a Ghana. Guarda su dinero en una cartera que lleva atada alrededor de la cintura y ha aprendido a despertarse con el más mínimo ruido. Las chicas, Adwoa y Naa, no le hacen preguntas personales y ella tampoco ofrece nada. Tiene un solo objetivo: encontrar a la mujer con su misma cara. Encuentra la dirección que aparece en la carta con facilidad. Es una casa prominente, cuyo propietario es el también prominente Adjemans, coronel retirado, junto a su atractiva esposa nigeriana. Así que ella va cada día, con las naranjas en la bandeja, la bandeja sobre la cabeza, hasta esa calle, recorriéndola arriba y abajo, gritando “naranjas dulces”, haciéndose clientes entre las mujeres cuyas tiendas salpican la calle y los hombres que parecen estar siempre por allí, vagueando a la sombra de los árboles, hablando de los “buenos viejos tiempos”. Mimetizándose. Esperando.

Y entonces, una tarde, las puertas de la casa se abren y un coche se escurre hacia fuera. Nneka, que está a punto de dar por concluido el día, se para y se da la vuelta. El coche le pasa por al lado, lo bastante lento para poder ver a la mujer que tiene su misma cara, en el asiento de detrás, mayor ahora, más fría que la mujer de la foto. La mujer también mira a través de la ventana del coche y ve a Nneka. La conmoción se deja ver en la cara de la mujer mientras murmura, un sonido único que se transporta de sus labios solo hasta los oídos de Nneka: “Nkem”.

LA MEDIDA

Ulan Garba Matta

Corro hasta su ventana y él la sube rápidamente para echarme. Nada extraordinario. Me doy la vuelta y sigo caminando cuando, de repente, veo a una chica de mi edad en el asiento de atrás de un coche, con un cuaderno verde brillante en el regazo y un bolígrafo negro en la mano, mirándome con pena. No desvío la mirada.

El tráfico está parado, un remolque se ha volcado en la carretera a la altura de la rotonda de Hill Station. Para nosotros, vendedores ambulantes, hoy va a ser un día grande, porque muchos de los conductores bloqueados tendrán que ser condescendientes con nosotros, y estoy segura de que mis naranjas van a desaparecer muy pronto. Es un día caluroso.

Por eso me voy a tomar mi tiempo con este concurso de miradas para quitarle la pena de los ojos a la chica. Doy un vistazo rápido a su cuaderno y asiento brevemente con la cabeza, espero que eso le haga entender que también yo voy a la escuela. Sí, es gracias un gesto de caridad de una tía que se siente culpable y a la que *baba*² ayudó una vez, pero bueno...

La chica es la primera en desviar la mirada y agita su mochila amarilla de la escuela, sacando un manual de matemáticas. Me acerco y ella vuelve a alzar la mirada. Esta vez apenas hay reparo en sus ojos y yo retrocedo dos pasos. Me encantan las matemáticas y, mientras observo su cabeza inclinada y el lento garabateo de su bolígrafo, me pregunto si está sumando o restando.

De repente, me invaden sentimientos diversos, quiero odiarla por el lujo que tiene pero también quiero ser su amiga, para que podamos practicar matemáticas juntas. Eh, me gustaría decirle a la chica, ¿has oído hablar alguna vez del diagrama de Venn? El diagrama de Venn ilustra las relaciones entre grupos de objetos y objetos dentro de ese grupo que comparten algo en común, como tú y yo.

Con la punta del dedo, delíneo un rectángulo en la palma de mi mano, mira, así es cómo se empieza un diagrama de Venn, empiezas con un rectángulo que representa el universo. Yo voy a ser X y voy a representar el grupo de las chicas en el mundo que tiene que vender en la calle para sobrevivir y tú serás Y y vas a representar a las chicas del mundo que no necesitan vender en la calle. Ves, el elemento que compartimos es que las dos somos chicas. ¿Cuáles piensas que son las probabilidades que harán que las vidas de dos chicas en este gran universo se crucen? ¿Seremos las dos traicionadas por personas que amamos y en las que confiamos? ¿Seremos...?

Dos golpes fuertes me interrumpen bruscamente, es el conductor aporreando la ventana enfadado y haciéndome gestos para que me aleje. Mientras analizaba el diagrama de Venn, me había acercado demasiado a la chica, creyendo que realmente estábamos teniendo una conversación.

Me retiro a una distancia segura y lanzo al conductor mi mejor gesto de desafío y desprecio.

² En yoruba y otros idiomas, "padre".

EL COLOR DE LOS DIENTES

Amara Nicole Okolo

Fingí no verlo cuando me miró. Los conocía. Todos nosotros habíamos oído hablar de ellos en este Lagos, esa gente que camina por la calle como nosotros, con originales cámaras de foto colgando del cuello. Muchos eran hombres, algunas eran mujeres. Jóvenes, pero de más edad que yo. La mayoría tiene pinta de ricos, pero no es algo que se vea a primera vista porque no se visten como lo que realmente son. Tienen un estilo informal; pantalones vaqueros, camisas ligeras de algodón o de franela. Algunas de las mujeres que ya he visto llevaban unos pantalones cortos que hubieran hecho a mi tía gritar y chiflar y hacer preguntas retóricas de por qué la juventud es tan insensata hoy en día, mientras que otras llevaban vestidos bonitos, con tantas flores como un jardín. También tenían cortes de pelo raros, como *dreadlocks* o pelo sin alisar. Exactamente como yo. Pero te das cuenta de que son ricos por cómo brilla su piel al sol. A nosotros, el sol nos oscurece cuando vamos dando vueltas con nuestra mercancía, pero esta gente... el sol baila con ellos. Eso lo sabemos todos. Lo sabemos desde que captaron a una de nosotros con sus lentes, una tarde oscura, con una bandeja de pan a la cabeza. Dos días más tarde, se hizo famosa por la foto y ahora ha dejado de ser una de nosotros. Es modelo, vive en sitios ricos, como esta gente. El sol ya no la oscurece, ahora juega con su piel. Solo los ricos pueden jugar con el sol.

Le di a la mujer que estaba junto a mí su bolsa de naranjas y deslicé el dinero que me había dado en mi riñonera. Seguí fingiendo que no lo veía mientras, erguida, ponía la bandeja de nuevo sobre la cabeza. Pero de reojo lo veía alzar la cámara que le colgaba del cuello. Esperé. Uno de nosotros decía que había un truco para esto. Actúa como si no te dieras cuenta de su presencia, de sus miradas. Te hace natural, como a Jumoke. Pero el entusiasmo y la ansiedad me revolvían las tripas. Quería que me vieran, saber que alguien me prestaba atención. Un hombre desde lejos me llamó para que me acercase y le vendiera algunas naranjas. Lo ignoré. Quería ser diferente. Quería que el sol bailase sobre mi piel. Quería brillar, no quemarme. La tenía apuntada hacia mí, lo sentía. Y, como quería ser vista, lo miré cuando sonó el disparador. No había flash, pero yo ya veía estrellas en mis ojos. Seguí mirando cuando enfocó la lente circular, que parecía una pistola apuntada a mí, y lo vi sonreír mientras hacía clic con el dedo repetidamente. Pero, por alguna razón que desconozco, no le devolví la sonrisa.

EL HOMBRE DE SUS SUEÑOS

Chiedozié Dike

“¿Tú conoces a Oluchi Orlandi?”, le preguntó Neme una vez a IJ, cuando IJ se burló de ella por ser más plana que una tabla de planchar.

“Por eso no consigues vender las naranjas rápido”, le había dicho IJ. “No se te menea nada de ese cuerpo.”

A lo que Neme respondió con la pregunta: “¿Conoces a Oluchi Orlandi?”

“¿Quién es?”, IJ no sonaba muy interesada.

“Oluchi. Una top model que se casó con un *oyibo*³ y ahora le sale el dinero por las orejas”.

“¿No es esa que iba vendiendo pan?”

“¡Esa misma! Me va a ver en la calle un *oyigbo*, se va a interesar por mí y me va a sacar de este Lagos”.

“Pero ¿qué estás diciendo, que va a llegar un *oyibo* y te va a llevar al extranjero para trabajar de modelo? , IJ rió insolentemente.

“Te vas a reír así cuando me veas en una película”.

“Pues fíjate que yo vendo pan ahora,” IJ contraatacó.

“¿Pero tú tienes pinta de modelo ni nada? A mí, que soy más plana que una tabla de planchar, a mí me va a descubrir un *oyibo*. No te preocupes, que muy pronto me vas a ver en la televisión”.

IJ soltó una risa incrédula, aplaudiendo de manera teatral.

Neme tiene grandes sueños. Sus sueños no tienen sentido para la gente que la rodea, pero ella se agarra a ellos de todas formas.

Un-día, un-día... espera ella . “¿Que haces ahí sentada mirando?”, le pregunta su hermano Obumneke desde la puerta de la habitación única en la que vive la familia. “Ni siquiera te has dado cuenta de que han entrado en casa”.

“Mi mente había viajado,” dice Neme con una mirada anhelante. “Me imagino mi casa en América y mi limusina”.

“¿Tú estás segura de que no te ha dejado así un *ogbanje*⁴?”, dice Obumneke, riéndose por lo bajo y sacudiendo la cabeza. “Ve a responderle a mamá que está en el patio de atrás. Lleva un montón de tiempo llamándote a gritos”.

Mamá está inclinada sobre el *abada*⁵ besado por el humo de un fuego de leña, bizqueando al mezclar la comida en el aceite chisporroteante, con el sudor resbalando por su cara y manchando su blusa. Mamá se da la vuelta en el momento mismo en que aparece Neme.

“*Ebe ka ino since*⁶? ¿Estás sorda? ¿Me vas a decir que no me escuchas desde esta mañana que te estoy llamando?”

“Perdón, *Ma*.”

Mamá lanza a Neme una mirada destructora mientras silba.

“¿Vas a esperar a que llegue la noche para vender las naranjas? ¿Qué pasa, que vamos a matar una vaca para que tú comas?”

Neme coge su bandeja, que está apoyada contra la pared, y la enjuaga bajo el grifo. Existe un arte de apilar naranjas y Neme lo ha perfeccionado tras años de práctica.

Antes de salir de casa, Neme ve su reflejo una última vez en el espejo. Un toque de maquillaje, un poco de pintalabios. Morritos.

³ En igbo, “blanco”.

⁴ En la religión Ọdịnanị de Nigeria, el *ogbanje* es un espíritu maligno.

⁵ Plato del nombre de la ciudad de Nigeria.

⁶ “¿Dónde has estado todo este tiempo?”. En igbo e inglés en el original.

Neme no tiene ni idea si hoy será el día que va a cambiar su vida para siempre. No importa, tiene que estar preparada.

Camina por su ruta habitual bajo el calor, llamando con su sonsonete:

“Naraaaaan-jas... Cómprame naraaaaan-jas...”

Es un día corriente. El lobo silba, el gato llama, desconocidos tocones.

Neme busca al hombre de sus sueños, alto y guapo como se supone que son todos los rescatadores. Está segura de que lo reconocerá cuando lo vea.

Cuando se trata del destino, simplemente se sabe.

ZUKORA

Jaja Benson

Ella no es una niña de Chibok⁷ y es de un negro demasiado intenso y bello para ser Malala.

Su piel oscura y reluciente, el brillo de su frente y de su mejilla y su mandíbula podrían ser fácilmente los de Lupita Nyong'o. Con su top celeste descotado, adornado con pétalos y once líneas de azul blanquecino, ponla en una pasarela y podría ser una Alek Wek joven viviendo en un futuro de Christian Dior. Pero en su bandeja clara, algo deformada y con pequeñas manchas de óxido, las naranjas blancas con líneas verdes y amarillas cuentan una historia dramáticamente diferente: no de prosperidad, sino de supervivencia.

Cada día, escudriña nuestros pasillos, a veces tocando a la puerta de las oficinas, con una mirada experta y persuasiva, la de una chica de quince o dieciséis o diecisiete años trapicheando para que alguien le consiga una plaza en la universidad. Detrás de sus exiguas pestañas y su corte poco llamativo, la gente da por sentado sus sueños. Todos los profesores y doctores conocen su nombre, como probablemente no conozcan los de sus esudiantes. La llaman Zukora y le confían pequeños recados de poco dinero. Y ella deja su bandeja de naranjas en el suelo de sus oficinas, con la esperanza en el pecho de que compren más de una y de dos y de tres y de cuatro. Zukora. Quizás conocen su nombre precisamente porque no saben los de sus estudiantes, porque los humanos tenemos esas maneras sutiles de tranquilizarnos a nosotros mismos en momentos de negligencia personal, o sencillamente conocen su nombre porque es bonito, significa algo bello. Zukora: *Reúne al público, Reúnenos*. Algo que implica que ella encaja. Una vez, después de que el profesor jorobado comprase todas sus naranjas, ella llegó casi a sonreír, y yo pensé haber vislumbrado una parte de su alma.

Ayer por la tarde, la vi con una mujer en el patio de la facultad, una mujer con una redecilla de pelo roja, un polo negro sin mangas y un cardigan amarillo y pantuflas de un verde intenso y labios que bruscamente se retorcían, y supe que era su madre. Su madre estaba palpando las naranjas, hablando con una actitud atareada. Más tarde, al cerrar con llave después del trabajo, la vi en el suelo de la planta baja, con la cabeza inclinada bajo el oro menguante del sol que huía, con la misma cantidad de naranjas que un poco más temprano. Estaba escogiendo piedrecitas, una, dos, tres, lanzándolas con la mirada vacía. Entonces, alzando la bandeja, se fue caminando entre el polvo que planeaba. Es posible que TY Bello⁸ nunca la vea, y así, es posible que nosotros no la veamos transformarse en Olajumoke Orisaguna⁹.

Pero yo la veo claramente. Veo que su azul es el cielo del muro que hay detrás de ella. Que el pájaro que vive en ella podría volar de repente hacia el cielo. Que las ramas de la oscura palmera por detrás se inclinan como si fueran las cabezas de unos caballos, esas palmas largas y finas como si fueran melenas. Que su silueta negra en la pared podría fácilmente ser otra cosas: un barreño o una cesta en vez de una bandeja. La indiferencia conciente de su pose, de sus ojos, es un fuego domesticado, una mente decidida con una concentración inquebrantablee. El futuro será el broche de su mirada.

⁷ En abril de 2013, Boko Haram secuestró masivamente a 276 niñas de una escuela en Chibok, norte de Nigeria, lo que generó la campaña mundial 'Bring Back Our Girls' (Devuelvan A Nuestras Niñas).

⁸ Cantante y fotógrafa nigeriana.

⁹ Modelo nigeriana. Olajumoke era vendedora de pan y pasó a ser famosa tras ser descubierta por TY Bello.

DINERO DE BOLSILLO

Mimi Adebayo

Tu dinero de bolsillo solía bastar. Papá te daba mil nairas al principio de cada semana; Mamá te daba quinientos nairas. Eras rico, para tus catorce años. Solías ahorrar los mil nairas y gastar los quinientos en tu vicio con el chocolate. Era suficiente. Cuando cumpliste catorce, mamá dejó de llevarte y recogerte de la escuela en el Corolla azul que había heredado de papá. Te entregaban dinero en mano y decían que eras ya bastante viejo para hacerte camino. Intentar cruzar la ajetreada autopista daba miedo al principio, pero pronto empezaste a disfrutar de los paseos por la acera con tus amigos. A veces te quedabas merodeando en la escuela, para jugar al fútbol; fue allí donde te hiciste la tercera cicatriz, esa con la forma de un puño apretado en tu tobillo.

La primera vez que viste a Agnes fue cuando ibas caminando hacia la parada de autobús con tus amigos; ella llevaba una pulsera de tobillo y estaba colocando sus naranjas en forma de pirámide sobre una bandeja. Chico simpático, cómprame una naranja. Rechazaste la oferta, un poco molesto porque sabías que tus amigos se meterían contigo por culpa de ella. Te hago una buena venta; ella puso una mano en tu brazo, lo que te hizo mirarla a la cara. Su sonrisa era bonita, tanto que te sorprendió. Los vendedores ambulantes no solían llamar la atención. Compraste las naranjas, por cien nairas, y las compartiste con tus amigos. La próxima vez, te hago una mejor venta, dijo mientras la ayudabas a poner la bandeja en la cabeza.

La cuarta vez que le compraste naranjas, intercambiasteis los nombres: Agnes y Denmark. Ese día, ella te dio una naranja de regalo y te dijo que le gustabas. Esa noche, pensaste en ella mientras estabas tumbado en tu habitación solo, pues nunca una chica te había dicho eso antes. El día siguiente, no esperaste a que ella te encontrase. La buscaste. Voy a enseñarte algo, te dijo, y te llevó fuera de allí.

Te enseñó mucho de ese algo. Tenía un sitio especial detrás de tu escuela; fue allí donde te enseñó que besar era como chupar una naranja, que no entras con los dientes, sino con los labios primero. Fue allí donde te enseñó lo que significa ser un hombre y, cuando te pedía dinero antes de dejarte practicar los besos, tú vaciabas tus bolsillos. El amor te pilló cuando te dejó tocar sus pechos la semana siguiente, después de haberle dado tu dinero de bolsillo semanal. Te gustaba la manera como tocaba su tobillera mientras hablaba. Ya no pensabas en ella como la vendedora de naranjas cuando le pediste que fuera tu novia. Te dijo que necesitaría más dinero, porque ser novia significaba que iba a enseñarte muchas otras cosas. Le dijiste que le darías tanto como ella pidiese. Ahí es cuando tu dinero de bolsillo dejó de ser suficiente.

EL JUEGO AL QUE JUEGAN LOS REYES

Zulaikhah Agoro

No había vida en sus ojos. Eran solo motas de cristal reluciente en una cara común de chico, perfilada por su pelo cortado a nivel del cráneo. Ella se quedó de pie en la esquina de esa extraña calle, su esbelto cuello erguido con gracia y la bandeja de acero fijada sobre la cabeza. El calor rezumaba con el sol abrasante de la media tarde, filtrándose a través del cuello con volantes de su blusa blanca, manchándola de un marrón desagradable justo en el sitio donde rozaba su cuello. Guiñó y se movió ligeramente, sintiendo cómo el sudor chorreaba por su columna vertebral. Pensó en lo que tenía que hacer.

El mensaje del hombre latía en su cabeza como un solo de tambor. Eran palabras claras y cortas, que simplificaban una cosa muy delicada. Tragó y pestañeó de nuevo. Era casi la hora.

Escuchó el convoy antes de verlo. La multitud que se había reunido con el lento paso de la mañana a la tarde empezó a corear y a entrar en tensión con el zumbido distante de las sirenas. La primera motocicleta apareció, los motoristas vestidos de negro anunciaban la llegada del jeep elegante que traía al senador. Algunos coches del gobierno estacionaron detrás del jeep y varios hombres con caras sombrías y gafas oscuras surgieron y rodearon rápidamente al senador, al tiempo que este abandonaba su coche y caminaba enérgicamente hacia el podio provisional que habían montado al final de la calle, en medio de clamores y hurras de la eufórica masa. Ella esperó en la esquina, con cuidado de no ser forzada hacia el corazón reverberante de la multitud, pero pareciendo ser parte de ella.

El discurso pasó en un murmullo rápido de palabras y coros, a la vez que sus manos se enfriaban por minuto. Se acordaba del hombre, de su voz punzante mientras le entregaba el frasquito y el paquete marrón inflado con notas... “No falles”. Él no era más que un secuaz del juego, igual que ella y que otros miles que niquiera lo sabían. El discurso había terminado y se habían empezado a repartir boles de arroz entre las manos de la multitud. Ahora. Pestañeó e inspiró profundamente, avanzando hasta el político rodeado por guardas y reporteros. Los guardas la observaron mientras se acercaba, y ella luchó por no encogerse bajo esas miradas de insecto. El senador se giró para mirar. La prensa va a ingerir esto muy bien, pensó mientras la chica alta y cubierta de polvo alcanzaba la bandeja con su mano y le tendía una naranja con una tímida sonrisita. Hizo todo un teatro para coger la naranja con una amplia sonrisa y lavarla con una pequeña botella, que llevaba siempre consigo, y después hundir los dientes en ella.

Los flashes de las cámaras disparaban alocadamente, al tiempo que ella observaba cómo el zumo envenenado se escurría en su boca. Se dio la vuelta y se alejó caminando. El trabajo estaba hecho.

SIN SABOR

Osahon Ize-Iyamu

Eki sabía que no tenía que comer de su propio producto, pero había sido un largo día. No era fácil vender magia a la gente.

“Es como si no quisieras que nadie compre tus cosas”. Se dio la vuelta y vio a Bama, con una mano en la cadera, la otra sosteniendo la bandeja de cacahuets sobre la cabeza. Suspiró. No podría entender hasta que no hubiera probado. Eki partió la naranja en dos y le dio a su amiga la segunda mitad. No le gustaba compartir, pero sí le gustaba demostrar que tenía razón.

Bama alzó una ceja y mordió lentamente, sorbiendo el jugo ruidosamente. Levantó la vista hacia Eki y abrió los ojos como si fueran dos soles. Eki sonrió.

“¿Está bueno, a que sí?”

Bama asintió y se limpió la boca con la manga. “¡Está bueno, oh! ¡Ah! Esta no es una naranja corriente. La mejor que he probado en mi vida. ¡Los clientes van a hacer cola por tu producto, oh! ¿Quién te vende esto?”

Eki se inclinó hacia ella, con su voz reduciéndose a un susurro. “Magia”.

Bama silbó y casi le dio una bofetada, pero Eki la esquivó y ella acabó golpeando al hombre que venía cada miércoles a vender pollo. Este la observó y se volvió hacia Bama, que volvió la vista para el otro lado.

“No tengo tiempo para tus tonterías. Niña endiablada. No sabes que algunos de nosotros también tenemos que comer”.

“Es magia. Pasó cuando fui a visitar a mi familia al pueblo” -Bama ignoró a Eki, corriendo desde la acera a la calle. Un cliente abrió la ventana y empezaron a negociar.

El cuerpo de Eki se combaba con el peso de la bandeja sobre su cabeza. Tenía ganas de dormir, pero el día no había acabado. Cuando su tía la había traído desde el pueblo, ella esperaba trabajar como doméstica, pero la mujer se había olvidado de ella y Eki tuvo que arreglárselas por su cuenta. Descendió la bandeja y se chupó los labios. Estaba tentada a coger otra, pero recordó lo que la bestia le había dicho acerca de comer muchas...

Caminó entre el tráfico de nuevo, persiguiendo coches que la ignoraban, hasta que uno comenzó a avanzar más lentamente y el hombre sacó su dinero.

“Dos naranjas, por favor”.

Ella se detuvo. “Solo una, caballero”.

“¡Ah-ah!” El hombre gruñó y agitó el dedo en su dirección.

“Ahora resulta que la vendedora me dice a mí cuántos frutos tengo que comprar. ¿Es así como se hacen las cosas ahora?”

“No, señor.” Sintió algo incómodo por el estómago mientras le daba al hombre las naranjas.

Él le arrojó algunos billetes a la cara antes de cerrar la ventana y alejarse con el coche. Eki tuvo miedo al pensar en las instrucciones de la bestia, al tiempo que se echaba para atrás y observaba el coche pasar entre el tráfico.

COLLAGE

Folorunso David

Has olvidado su nombre, pero recuerdas que fue él quien gritó más fuerte mientras pasabas con tu venta ambulante. Te acuerdas de haberte chiflado por él; te encantaba su pelo color de resina marrón y bien cuidado. Recuerdas haber jurado ese día que los chicos eran una distracción. Conocerías la palabra “escoria” más tarde.

Recuerdas cómo aprendiste a equilibrar la bandeja sobre tu cabeza sin ayuda de las manos o del *ichafu*¹⁰. No has olvidado a Ezinne. Un año más joven que tú, pero más inteligente para la calle, ella fue quien te enseñó los trucos: dónde se juntaban los clientes más generosos y por dónde merodeaban los pedófilos. Te acuerdas de cuando se burló de ti por entregar a tu madre todo el dinero ganado. Recuerdas que siempre entendía todo lo que pasaba. Olvidas los detalles, pero recuerdas las partes más memorables de ese incidente que una vez te contó. De la mano de su maestro en su vagina. De su puño en su barbilla. De los sollozos y oraciones de ella.

Recuerdas a aquel hombre blanco curioso. A sus palabras, para ti, les faltaban vocales, pero Ezinne te había indicado que debías asentir con la cabeza. Y él se echó para atrás, sacó su cámara negra y disparó dos o tres veces. Olvidas la fecha, pero recuerdas que era un domingo, pues llevabas tu único vestido para la misa.

Recuerdas la linterna de queroseno, aquella que utilizabas para estudiar el examen de secundaria. No olvidas cómo tu madre se corroía por dentro diciendo que no podía costear el examen. No te olvidas de cómo miraba su reloj de oro una última vez, diciendo que representaba toda la dote de tu difunto padre. Las lágrimas caían. Las tuyas. Prometiste vender todas las naranjas al día siguiente. Y aprobar el examen el mes siguiente.

Recuerdas cuando publicaron el resultado, cómo leíste en voz alta a tu madre tus notas mientras ella no podía decir si habías aprobado o suspendido. Recuerdas haber traducido a igbo la parte que decía que el gobierno del Estado te financiaría la educación en Inglaterra. Recuerdas a tu madre gritando y riendo y llorando. Te acuerdas de que no podías verla muy bien porque tus ojos estaban llenos de lágrimas.

Recuerdas la primera vez que embarcaste en un avión y que no comiste la comida de abordo porque pensabas que había que pagar por ella. Recuerdas estar sentada junto a un hombre blanco y preguntarte si era el mismo que te había importunado una tarde, unos años atrás. Recuerdas aquella tarde. Tenías un vestido blanco con un cuello alto con volantes y bordados. Tenías un pelo afro corto, despeinado y *chic*. Estabas aún reconciliándote con tu pubertad. Ezinne estaba detrás de las hojas de palmera insistiendo para que sonrieses, pero tú solo permanecías de pie preguntándote si eras lo suficientemente fotogénica. También recuerdas haberte preguntado si los blancos tratan a las blancas con respeto.

Tomas nota mentalmente, cierras los ojos y sueñas con Inglaterra.

¹⁰ En igbo, pañuelo para la cabeza.

AUTORES

* **Umar Turaki** es un escritor y realizador residente en Jos, Nigeria. Sus relatos cortos han aparecido en AFREADA, Short Sharp Shots, the Ake Review, y en la antología de SSSA, Migrations. Pueden seguir a Turaki en [Twitter](#) y en su [blog](#).

* **Pamela Naaki Tetteh** es estudiante de arte y una amante de los ensayos, de dormir y otras cosas raras. El trabajo de sus sueños sería convertirse en Autora, pero se conformaría con ser escritora.

* **Ulan Garba Matta** es una contadora de historias y realizadora de películas que vive y trabaja en Jos, Nigeria. Piensa que las historias son su principal herramienta para interactuar con las personas que encuentra y los lugares en los que vive. Además de escribir, a Ulan le encanta pasar tiempo con gente que quiere y con su gato Phineas. Con suerte, un día, podrá probarse a sí misma que es capaz de dibujar una línea recta sin la ayuda de una regla. En Twitter, Ulan es conocida como [@UlieSkywatcher](#)

* **Amara Nicole Okolo** es una escritora residente en Nigeria. Sus libros “Black Sparkle Romance”(2014) y “Son of Man” (2016) han sido publicados por Ankara Press y Parresia Publishers, respectivamente. En Twitter, ella es [@AmaraNOkolo](#).

* **Chiedozié Dike** adora leer buenos libros, escribir historias pasables y escuchar todo tipo de música. Actualmente, está trabajando en una novela titulada "With This Ring" (“*Con este anillo*”).

* **Mimi Adebayo** es profesora y escribe. Es titulada en Derecho, pero prefiere el interior de una clase al de una sala de juzgado. Fue una de las alumnas del Taller Farafina 2016 promovido por Chimamanda Adichie Ngozie.

* **Zulaikhah Agoro** es estudiante de Construcción en la Universidad de Lagos, además de escritora, adicta a los medios de comunicación, amante de la literatura y una devota de la música.

* **Osahon Ize-Iyamu** es autor de ficción literaria y especulativa. Vive en Nigeria, donde actualmente trabaja duro en su primera novela.

* **Jaja Benson** es un pseudónimo. Nació en Aba y fue a la Universidad de Nigeria, Nsukka. Le encanta la moda y la fotografía y vive con esperanza y amor.

* **Folorunso David** es nigeriano y vive actualmente en Estados Unidos. Está titulado por la Universidad de Ibadan y la Universidad de Tufts.

Traducción: **Ángela Rodríguez Perea**.

Fotografía de portada: **UA.X** vía Instagram (<https://www.instagram.com/ua.x/>).

Todos los derechos pertenecen a los respectivos autores.